LECTURAS CRÍTICAS

**SOBRE EL AMOR
Y EL DEMONIO
DE LA VIOLENCIA
EN LAS RELACIONES
DE NOVIAZGO**

Jacqueline Benavides-Delgado
Universidad Cooperativa de Colombia
Sede Bogotá

Documentos de docencia | Course Work

coursework.ucc.edu.co

No. 4, abril de 2016

doi: <http://dx.doi.org/10.16925/greylit.1573>

ACERCA DEL AUTOR

Jacqueline Benavides-Delgado es Doctora en Psicología. Profesora investigadora, Universidad Cooperativa de Colombia, sede Bogotá, Colombia. Correo electrónico: jaqueline.benavidesd@campusucc.edu.co

CÓMO CITAR ESTE DOCUMENTO

Benavides-Delgado, J. (2016). *Sobre el amor y el demonio de la violencia en las relaciones de noviazgo* (Documento de docencia No. 4). Bogotá: Ediciones Universidad Cooperativa de Colombia. doi: <http://dx.doi.org/10.16925/greylit.1573>

Este documento puede ser consultado, descargado o reproducido desde nuestro repositorio de documentos de trabajo (<http://coursework.ucc.edu.co>) para uso de sus contenidos, bajo la licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional. <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>

RESUMEN

Este documento busca mostrar algunas facetas del amor, el enamoramiento y la violencia que surge ante el conflicto, en las relaciones de noviazgo. La idea romántica del noviazgo, considerada la etapa más feliz de una relación de pareja, se contrasta con la realidad de la violencia que se vive en las parejas de novios. Las cifras reportadas sobre violencia en el noviazgo vienen en aumento. Los primeros estudios, realizados en Holanda en 1998 por Romkens y Mastenbroek, determinaron una prevalencia del 23% de mujeres víctimas de agresiones en el noviazgo. Estos primeros resultados estuvieron sesgados por la mirada victimizadora de la mujer y agresora del hombre. Las investigaciones recientes muestran cómo en la relación entre los novios la violencia se comparte y son tanto el hombre como la mujer, víctimas y agresores. Este documento busca mostrar algunos factores asociados a la violencia en relaciones de noviazgo y, desde luego, sus consecuencias.

Palabras clave: amor, noviazgo, pareja, violencia.

INTRODUCCIÓN

El amor romántico es un tema que ha inspirado a muchos autores, literatos, poetas, músicos, actores y, en general, a las personas del común. ¿Qué es el amor? ¿Existen tipos de amor? ¿Existen etapas en el amor? ¿Podemos identificar elementos químicos en el amor? Estos temas ocupan la primer parte de este documento, dedicado a mostrar los contrastes entre el amor y la violencia en las relaciones de noviazgo. Sobre el tema de la violencia en las relaciones de pareja se ha hablado mucho. Durante los últimos 40 años, las comunidades académicas y los grupos interesados en la defensa de los derechos humanos han centrado su atención en la violencia que se presenta en los hogares. Antes era impensable considerar que un miembro de la familia, especialmente los niños o las mujeres, estuvieran expuestos al peligro en su propio hogar. Los espacios que analizaban la violencia lo hacían desde el ámbito político o con una visión macro, sin que los análisis rozaran la intimidad. Sin embargo, en Colombia, se comenzaron a analizar cifras de violencia familiar que obligaron al Estado a generar estrategias que permitieran la intervención pública en los espacios privados. La constitución política de Colombia de 1991 reconoció nuevas formas de convivencia que no se reducen al matrimonio católico y le dio al Estado potestad para intervenir en el marco de la intimidad.

Actualmente, la violencia intrafamiliar es un hecho de grandes repercusiones sociales. Un estudio realizado por Ribero y Sánchez (2004) mostró que el 41,1% de las mujeres encuestadas en tres ciudades colombianas había experimentado al menos una vez violencia física por parte del hombre con el que alguna vez habían convivido. Echeburúa y Del Corral (1998) llegan a plantear que la violencia se trata de un fenómeno epidémico, que reviste diferencias según el sexo de la víctima. Según estos autores los hombres suelen ser víctimas habituales de violencia en la calle o en espacios públicos, las mujeres, por el contrario, son víctimas de sus parejas y esta violencia ocurre en el hogar.

La dinámica de la violencia en las relaciones de novios es otra. Este documento busca profundizar en esta problemática, con el fin de aportar elementos para su comprensión e intervención.

¿QUÉ ES EL AMOR?

A través de la historia de la humanidad, todas las culturas y todos los hombres y mujeres han hablado sobre el amor. El amor ha sido descrito como un sentimiento, una actitud, a veces como emoción y muchas veces se le confunde con la pasión y el enamoramiento. Peck (1986) afirma que existe una diferencia clara entre el amor y el enamoramiento; para este autor, enamorarse es una percepción falsa amor. La diferencia entre amar y estar enamorado radica en que el amor es una construcción y, en contraste, el enamoramiento es una experiencia rápida e inmediata. En la etapa del enamoramiento, se idealiza a la pareja, aparece el príncipe azul o la princesa encantada, sin ningún tipo de defectos. No en vano se plantea que el amor es ciego porque la persona enamorada no puede percibir sino el ideal del otro y no su verdadera realidad.

Otra autora que se ha referido a este tema es Florence Thomas (1994) quien considera que el enamoramiento es un estado y amar es una decisión (Thomas, 1994). En cuanto a lo que se llama “amor romántico”, Johnson (1983) plantea que es una combinación de creencias, ideales, actitudes y expectativas que se tienen acerca de la relación de pareja, en donde se busca encontrar a la pareja ideal. Esta etapa del amor se considera irracional porque se basa en el proceso a través del cual una persona recibe todo de otra y acepta todo de otra. Este momento suele ser corto y se rompe el encanto cuando las expectativas que se tienen del otro no se cumplen. Tosone (1999) afirma que la idealización es la base del amor romántico, en el que las personas crean una ilusión alejada de la realidad. Salgado (2003), por su parte, plantea que la idealización es un aspecto fundamental del enamoramiento.

TIPOS DE AMOR

Erich Fromm, en su obra *El arte de amar* (1980), definió cinco tipos u objetos de amor: 1) el amor materno; 2) el amor fraternal; 3) el amor a sí mismo; 4) el amor a Dios; 5) el amor erótico. De otro lado, la teoría más popular sobre el amor es la Teoría Triangular de Amor de Robert Sternberg, quien basa su teoría en tres componentes fundamentales: 1) la pasión, 2) la intimidad y 3) el compromiso. La pasión implica la atracción física, la satisfacción sexual, la entrega y la pertenencia. La intimidad, por su parte, comprende aspectos como el respeto, el apoyo, el entendimiento, la cercanía, la comunicación y la valoración del otro. De otro lado, el compromiso contempla el compartir planes y metas, el querer brindar amor y mantenerlo (Salgado, 2003). Cuando los tres componentes están presentes en las dos personas en cantidades parecidas, se llega a lo que Sternberg considera la armonía perfecta de una relación, y lo llama amor consumado (Gutiérrez, 2004).

Las distintas cantidades con que se mezclan estos tres componentes generan tres diferentes tipos de amor. En este sentido, los componentes del amor romántico son la intimidad y la pasión, pero no el compromiso. El amor fatuo tiene como componentes el compromiso y la pasión, pero no la intimidad. El amor sociable o de

compañía tiene intimidad y compromiso, pero no la pasión. El amor de caprichoso solo tiene pasión. En el amor vacío hay solo compromiso, y en el amor de gusto o cariño solo hay intimidad. Estos tipos de amor pueden variar y cambiar del uno al otro con el paso del tiempo.

AMOR Y CONFLICTO

Uno de los aspectos más interesantes de las relaciones amorosas es la forma en que se manejan los conflictos. Christensen y Jacobson (1996) afirman que los conflictos se pueden resolver de forma coercitiva o de forma más conciliadora, en la que las dos partes escuchan otros puntos de vista de los problemas. El conflicto es inherente a las relaciones humanas y especialmente a las relaciones de pareja. Una pareja en la que no haya conflicto se percibe como una pareja fusionada o simbiótica en la que las dos personas han dejado de respetar su propia forma de ser y se combinan en una sola unidad que podría compararse con una pérdida de la capacidad de pensar y actuar de forma diferente. El conflicto hace crecer, permite aclarar las situaciones y respetar los espacios propios. El problema del conflicto es saber cómo se resuelve. Una de las formas más negativa de resolver el conflicto es a través de la violencia, sea esta física, emocional o sexual. A continuación se abordará con mayor precisión el concepto de violencia.

FORMAS DE VIOLENCIA Y DEFINICIONES

Corsi (2004) plantea diferentes términos utilizados para referirse a la violencia contra las mujeres. Por ejemplo, se la ha denominado violencia de género, violencia doméstica, violencia familiar o intrafamiliar. El término “violencia de género” se utiliza cuando la violencia se dirige hacia las mujeres por parte de los hombres. Ahora bien, ¿qué nombre debería tener la violencia cuando la víctima es el hombre y la mujer es agresora? Todavía no es un tema resuelto pero es importante contemplarlo. Otros autores vascos como Echeburúa y Del Corral (1998) señalan que lo habitual en la violencia intrafamiliar es que la víctima sea la mujer, sin embargo, hay casos en los cuales el hombre asume ese rol. El tipo de violencia utilizado por las mujeres hacia los hombres es más psicológico que físico. Por ejemplo, las mujeres utilizan la violencia verbal, las humillaciones o la indiferencia afectiva.

Otra clasificación que aporta Corsi (2004) hace referencia al término de violencia doméstica, e involucra la violencia en espacios privados, relaciones de noviazgo, parejas con o sin convivencia y vínculos con ex parejas. Este autor considera que la violencia doméstica es un subtipo de la violencia de género. Otro subtipo de violencia al que se refiere Corsi (2004) es la violencia intrafamiliar. Nuevamente, el autor plantea que la violencia intrafamiliar es un subtipo de violencia de género, con un componente generacional que involucra el maltrato o abuso a niños y ancianos.

Por su parte, Echeburúa y Del Corral (1998) clasifican la violencia en tres grandes categorías: la primera hace referencia a las conductas agresivas como golpes, patadas, palizas, etc.; denominan estos comportamientos maltrato físico. Una segunda categoría es el maltrato psicológico, que comprende conductas restrictivas, desvalorizaciones, posturas y gestos amenazantes, además de humillaciones e insultos; también incluyen en esta categoría características de negligencia afectiva como la indiferencia. La última categoría es el abuso sexual (maltrato sexual) que involucra la imposición de conductas sexuales sin respetar la voluntad del otro.

FACTORES ASOCIADOS A LA OCURRENCIA DE LA VIOLENCIA DOMÉSTICA

La familia, como lo plantea Corsi (2004), es quizá el medio más propicio para la aparición de conflictos. La cotidianidad, la cercanía y el tiempo que las personas de una familia comparten los hacen muy vulnerables para agredir o ser víctimas de eventos violentos. Autores de corte conductual, como Gelles (1987), han estudiado en detalle las horas, los lugares y los momentos en que se presenta más violencia en los hogares, y concluye que los espacios de mayor intimidad y las horas en que están todos los miembros de la familia reunidos representan un riesgo para la aparición de eventos violentos. Es importante retomar este estudio de Gelles de los años ochenta, porque permite describir como riesgoso aquello que siempre se ha considerado ideal y necesario en las familias: la convivencia, la unión, la intimidad, la cercanía y los espacios compartidos.

De otro lado, una visión mucho más sociocultural plantea que la permanencia de estos esquemas de poder en la relación se encuentran ligados a la perpetuación de estructuras patriarcales, roles de género, patrones culturales y religiosos muy constantes especialmente en nuestras sociedades latinoamericanas (Aumann y Iturralde citados en Corsi, 2004). Estas autoras consideran que la victimización de las mujeres está estrechamente relacionada con los roles de género transmitidos desde la niñez y perpetuados a lo largo de la vida. Estas diferencias no están atadas a la biología, pero sí a la cultura.

La religión judeo-cristiana ha tenido una fuerte influencia en el rol que han desempeñado las mujeres en especial en regiones de América Central y América del Sur. La mujer cristiana debe estar supeditada a un hombre, su gran realización es la maternidad, su lugar es el hogar y su mundo es, desde todo punto de vista, el mundo privado. Los roles femeninos tan acentuados y tan limitados a la privacidad del hogar son factores de riesgo para la violencia (Rodríguez, 1987). Estas ideas, de Penélope Rodríguez, las complementan muy bien Aumann e Iturralde (citadas en Corsi, 2004) cuando plantean lo siguiente: “El rol de género femenino se destaca por actividades que se corresponden con el estereotipo de ser pasivas, tiernas, sumisas, obedientes y dependientes, dedicadas al cuidado de los demás [...]. La mujer bien adaptada percibe a los hombres como superiores, proveedores, representantes de la

autoridad y del poder de decisión” (p. 93). Siguiendo con esta línea, estas autoras señalan que a los hombres se les educa para estar fuera de la familia, en ambientes públicos, para ser agresivos, competitivos y mirar a las mujeres como un conjunto débil u hostil sobre el que se debe ejercer control. Esta aproximación a los roles de género es un insumo importante para comprender la violencia de género cuando la víctima es la mujer. Sin embargo, no resulta una explicación suficiente cuando la víctima es el hombre.

APRENDIZAJE SOCIAL

La aproximación de Bandura (1969) sobre el aprendizaje social constituye un importante recurso para explicar la violencia en las relaciones de pareja. La perspectiva del aprendizaje social plantea que es posible aprender mediante la observación de las conductas de los demás y también se puede aprender del resultado de sus acciones. De otro lado, este autor considera que es posible aprender por observación y utilizar este conocimiento en momentos y espacios diferentes a los observados.

Trasladando estas ideas al plano de la violencia en las relaciones de pareja, es posible determinar que los niños aprenden la violencia observándola en el hogar. Ellos pueden o no ser víctimas de esta, pero aun cuando no lo sean, si son observadores de violencia pueden aprenderla. ¿Esto implica que todas las personas que observan violencia la repiten? No, existen dos elementos que impiden o favorecen la repetición: 1) la identificación con el modelo; 2) las ganancias o refuerzos obtenidos a través de la conducta. En este caso, si un niño observa la violencia marital de sus padres, en la que el padre golpea a la madre y después de esto la madre asume una actitud sumisa y complaciente, es muy posible que el niño se identifique con el padre en su rol machista y asuma esta actitud con las mujeres. Lo mismo sucede con las hijas, si ellas ven a su madre en actitud sumisa y esto les permite reducir los golpes de su pareja, ellas aprenderán estas conductas, siempre y cuando se identifiquen con la madre.

La transmisión intergeneracional de la violencia ha sido un tema debatido. No se puede asegurar que exista una relación tan directa entre haber sido maltratado y luego convertirse en maltratante. Sin embargo, hay algunos estudios que han señalado que el ser testigos de violencia en sus padres es un factor predictivo de la violencia en la pareja mucho más que haber sido maltratado por sus padres (Fantuzzo y Lindquist, 1989; Hotaling y Surgarman, 1986; Maceren, 1994 citados en González y Santana, 2001). Yanes y González (2000) han encontrado un poder predictivo de la violencia basado en las creencias sobre las conductas tradicionales femeninas, unido a haber sido testigo de violencia por parte de sus padres y culpabilizar a la madre por estos actos.

CONDICIONAMIENTO CLÁSICO

Echeburúa y Del Corral (1998) consideran que la violencia sigue un ciclo que se mantiene y refuerza paradójicamente por el sufrimiento de la mujer. En palabras de los autores, “el sufrimiento en vez de convertirse en repulsivo de la violencia y en suscitar una empatía afectiva, o al menos un nivel de compasión, se constituye en un estímulo discriminativo para la agresión” (p. 2). En este sentido, se asocian los estímulos igual que en la experiencia pavloviana.

TEORÍAS SISTÉMICAS

Siguiendo con este análisis, la investigación realizada por Rubiano (2003) con 525 casos de parejas violentas aporta una visión novedosa de las causas de la violencia doméstica o intrafamiliar. Este estudio abordó el problema contemplando tres dimensiones: la dinámica familiar, los factores socioculturales y los factores psicoemocionales. Los resultados obtenidos muestran que existe un conjunto de variables asociadas a la ocurrencia de violencia física, en la que predominan los estilos rígidos, consumo de alcohol, altos niveles de estrés, antecedentes de violencia intrafamiliar y alta vulnerabilidad respecto a riesgos físicos y emocionales.

Los antecedentes de violencia sufridos en la familia de origen demuestran una alta probabilidad para la ocurrencia de la violencia en la pareja actual (Gáfaró e Ibáñez, 2012). Otro de los factores más relevantes encontrados se relaciona con el grado de cohesión conyugal; de este modo, las parejas que sufren violencia física están muy desligadas emocionalmente, tienen escasa expresión afectiva, desconfianza y muy poca intimidad. Existen grandes índices de miedo, depresión y soledad. Este estudio (Universidad Externado, 2003) demostró que los miembros de las parejas violentas tienen problemas de respeto por las ideas de los otros y, sobretudo, en algunos casos, son excesivamente controladores de la libertad personal.

El control es un elemento que también aparece en el estudio de Gáfaró e Ibáñez (2012) con un 64,9% de mujeres que alguna vez vivieron situaciones de control que afectaron su libertad y dignidad. Este control se ejerce principalmente sobre los amigos y sobre el dinero, especialmente en mujeres jóvenes. Nuevos elementos se añaden a la comprensión sobre la violencia en las parejas. La convivencia, la frecuencia de contactos diarios, la falta de intimidad, la falta de comunicación y respeto, y las actitudes controladoras son factores que pueden predisponer a una pareja a la aparición de la violencia.

CRONICIDAD DE LA VIOLENCIA

Una de las características de la violencia intrafamiliar es su cronicidad. Las razones por las no se rompen las relaciones suele ser el autoengaño al cual están sometidas las mismas mujeres cuando piensan que las cosas no están mal y que pueden llegar a evitar o impedir los abusos si se lo proponen. No suelen buscar ayuda terapéutica

sino cuando el problema está muy avanzado. Las razones para evitar la ayuda suelen ser: problemas económicos, familiares, sociales pero quizás la más importante es la incapacidad de soportar y exponer el fracaso (Echeburúa y Del Corral, 1998). Los temores de la vida futura también son objeto de análisis a la hora de explicarse las razones de la permanencia en una relación de pareja; problemas económicos, sociales y de protección suelen ser expuestos por las mujeres.

¿En qué momento comienzan estos intercambios violentos? Respecto a la edad de aparición de esta violencia, Gelles (1987) señala que entre los 41 y 50 años se presenta con mayor frecuencia la violencia entre las parejas. Este autor plantea que la violencia no es un problema de la juventud. Sin embargo, otros autores, como Traverso (2000), afirman que la violencia puede darse en parejas de novios, ex novios, amantes, cónyuges jóvenes, etc. Esta autora considera que la edad de riesgo está entre los 24 y los 45 años, un rango muy superior al planteado por Gelles (1987). En Uruguay, Traverso (2000) pudo determinar que la violencia en las parejas iniciaba incluso en la etapa de noviazgo. En el 46% de los casos de mujeres maltratadas la violencia había comenzado en los tres primeros años de matrimonio y en el 13% de las mujeres que reportaron maltrato la violencia había iniciado durante el noviazgo.

Estas investigaciones han permitido considerar que un porcentaje de las relaciones violentas que se manifiestan en las parejas casadas o que conviven juntas inicia en etapas tempranas, incluso en el noviazgo. Este es un hallazgo importante que merece ser analizado y estudiado inicialmente desde una óptica descriptiva para luego analizar otros factores explicativos importantes.

Echeburúa y Del Corral (1998) también concluyen que la violencia que se inicia antes de la convivencia tiende a continuar. Esta afirmación se soporta en datos recogidos en el Servicio de Violencia Familiar en Bilbao, donde se han registrado un 22% de los casos cuya violencia inicia en el noviazgo y continúa en el matrimonio. En la medida en que aumenta el compromiso en las relaciones, suele aumentar la violencia (González y Santana, 2001).

Por su parte, González y Santana (2001) plantean que existen factores de riesgo que pueden alertar a los miembros de la pareja de un posible riesgo de violencia. El excesivo control por parte del otro, acompañado de celos, prohibiciones, aislamiento y constantes críticas a las personas con las que se tiene relación es un elemento a tener en cuenta. También señalan que una muestra constante de reacciones agresivas, humillantes o manipuladoras, culpabilizaciones y constante negación de los errores constituyen señales de violencia. Se han identificado ciertos factores de riesgo que, al estar presentes, pueden predisponer a futuras agresiones. Estos autores señalan que el control de la pareja, la historia de violencia vivida en la infancia, las actitudes tradicionales frente al género y la herencia romántica suelen estar asociados a la ocurrencia de violencia. Ya se había considerado dentro de las explicaciones de la violencia intrafamiliar el riesgo que existe cuando se asumen los roles de género tradicionales y cómo se puede generar una situación de violencia por las actitudes sumisas, obedientes y pasivas de la

mujer. El control de la pareja se encuentra frecuentemente asociado a los celos; también surge como una respuesta ante la inseguridad y el temor del abandono (González y Santana, 2001).

Violencia en la adolescencia

El paso de la niñez a la adolescencia está rodeado de importantes cambios entre los que se destaca el interés por construir relaciones románticas. Estas se caracterizan por ser voluntarias y cargadas de sentimientos afectivos. Las relaciones románticas son para los adolescentes una fuente inagotable de emociones y sentimientos, fundamentales en esta etapa de su desarrollo. Estas afirmaciones fueron comprobadas por una investigación realizada en España con adolescentes (Moraleda, 1977-1993, citado por Aguirre, 1996), en la cual se pudo determinar que los jóvenes calificaban el noviazgo como una etapa muy importante de sus vidas. Los adolescentes encuestados veían el noviazgo como un proyecto de vida en un plano de igualdad. El noviazgo, entendido entonces como un estado ideal de afecto e intercambio personal, hasta hace muy poco tiempo pudo ser visto como una relación en la que se iniciaban ciertos procesos violentos que influían de manera muy profunda en la vida de los jóvenes.

Las investigaciones acerca de la violencia en parejas de novios inician en 1980 con el estudio de Makepeace (1981). Otro estudio importante y pionero fue el de Romkens y Mastenbroek (1998), en Holanda, con 1016 mujeres entre los 20 y los 60 años, solteras. Los resultados mostraron que el 23% de las mujeres mayores de 24 años habían experimentado algún tipo de violencia unilateral por parte de su novio. Esta investigación solamente consideró la visión y el reporte de las mujeres, lo cual fue un sesgo que impidió ver la vivencia de los hombres.

Posteriormente investigaciones, con muestras de jóvenes de ambos sexos, como la realizada con 572 jóvenes estudiantes por Gerrity, Jurich, Segrist y Shook (2000), encontraron que el 82% reportaba haber estado en situaciones en las cuales fueron agredidos verbalmente por su pareja y el 21% admitió haber actuado de manera físicamente agresiva. Las conclusiones llevaron a definir la violencia en el noviazgo como un problema bidireccional y de proporciones similares tanto en hombres como en mujeres. Estos datos llevaron a cuestionar la posición de víctima de la mujer en la violencia que se presenta en las relaciones de noviazgo; el concepto de víctima dejó de ser exclusivo para las mujeres y, de igual manera, el rol de maltratador se amplió, dejando de lado la exclusividad masculina.

El estudio de Kupper, Martin, Oslack, Tucker y Young (2001) arrojó resultados similares: con una muestra de 90 mil adolescentes se determinó que el 32% experimentó algún tipo de violencia por parte de sus parejas heterosexuales y el 12% reportó haber sido víctima de violencia física. Las diferencias entre hombres y mujeres se presentaron principalmente en los actos de insultos públicos, en los que la mujer tenía un porcentaje mayor como agresora. En general, se concluyó que la frecuencia de la violencia en relaciones de noviazgo en adolescentes era elevada,

siendo 3 de cada 10 adolescentes con relaciones heterosexuales romántica víctimas de agresión por parte de su pareja.

La prevalencia de la violencia en parejas de novios oscila entre el 20% y 30%, según plantean las investigaciones más recientes en el ámbito internacional (Arbach, Nguyen-vo y Bobbio, 2015; Langhnrichsen-Rohling, Selwyn y Rohling, 2012; Whitaker, Haileyesus, Swahn y Saltzman, 2007). La violencia física alcanza una prevalencia del 40% entre ambos sexos, en ocasiones siendo más alta en las mujeres (Arbach, 2015).

La metodología y los instrumentos aplicados en las investigaciones reportadas han sido muy similares. Los estudios analizados han tenido en común dos elementos: por una parte, son estudios realizados con muestras muy grandes y, por otra, han utilizado el instrumento elaborado por Straus (1979): Conflict Tactics Scale (CTS). Un buen ejemplo de esta tendencia lo refleja el estudio de González y Santana (2001) en España, el cual contó con una muestra de 1146 jóvenes entre los 16 y 18 años de edad. En esta investigación se utilizó una versión modificada del CTS que incluyó las siguientes conductas: pedir explicaciones, llorar, dejar de hablar, gritar, marcharse por horas, marcharse por días, insultar, tirar o golpear con objetos, empujar o pegar, o no decir nada. Los resultados de estos estudios señalan que no existen diferencias significativas entre hombres y mujeres respecto a la generación de conductas violentas.

Más allá de los datos descriptivos, algunos autores han intentado plantear las posibles causas de la violencia en las relaciones de noviazgo. Romkens y Mastenbroek (1998) encontraron factores psicosociales entre los que se encuentran la historia de crianza y el maltrato infantil, la baja autoestima, los sentimientos de dependencia y de miedo que impedían actuar. El estudio de Gordon, Lin y Simons (1998) también reportó una importante relación entre la historia de maltrato y la violencia en las relaciones de noviazgo. Este es sin lugar a dudas un importante hallazgo teniendo en cuenta que los jóvenes que han sido maltratados en su infancia pueden llegar a ser maltratadores o víctimas de violencia, incluso en relaciones de noviazgo. Otros datos derivados de estudios descriptivos, como el realizado por Billingham y Sack (1987, citados en Hanson, 2000), consideran que la parejas que están pensando en casarse son menos violentas que aquellas que están en una etapa inicial de la relación.

De otro lado, algunas investigaciones han intentado establecer relaciones entre las variables que podrían explicar la ocurrencia de violencia en el noviazgo. Baum, Fletcher y Foshee (1999) estudiaron una muestra de 1965 mujeres de 9º grado y encontraron que aquellas que habían sido víctimas de violencia física en la infancia por parte sus madres tendían a ser agresivas en sus relaciones de noviazgo. De igual manera, las mujeres respondían más agresivamente cuando eran testigos de la violencia entre sus padres. Por otro lado, se ha encontrado que los jóvenes expuestos a mayores niveles de violencia son los que manifiestan mayor nivel de agresividad en sus relaciones de pareja. De esta manera, se asume como factor de riesgo el estar

expuesto a un contexto familiar donde se percibe algún grado de violencia (González y Santana, 2001).

En general, los estudios sobre este tema han sido de carácter descriptivo y han llevado a plantear pocas diferencias en el comportamiento de los hombres y las mujeres respecto a la utilización de la violencia. También se destaca la relación entre violencia e historia de maltrato encontrada en algunos estudios.

CARACTERÍSTICAS DE LAS MUJERES Y HOMBRES QUE ESTÁN EN RELACIONES VIOLENTAS

Muchos estudios han determinado que la existencia de una baja autoestima, una asertividad deficiente y una gran sumisión son las características de dichas personas. Suelen ser especialmente mujeres que creen en el amor romántico, desde su educación y sus primeros libros de cuentos de príncipes y princesas. El amor romántico puede ser peligroso.

CONSECUENCIAS DE LA VIOLENCIA

La presencia de una violencia crónica lleva a que las víctimas experimenten depresión, culpabilidad, apatía y falta de control de las situaciones, lo cual puede desencadenar una desesperanza y una incapacidad de actuar para defenderse (Echeburúa, Del Corral, Sarasua y Zubizarreta, 1998).

El aislamiento social es otra de las consecuencias del maltrato, la vergüenza y la dependencia hacia el agresor. El trastorno de estrés postraumático puede presentarse.

REFERENCIAS

- Aguirre, A. (1994). *Psicología de la adolescencia*. Madrid: Marcombo. S. A.
- Arbach, K., Nguyen-Vo, T. y Bobbio, A. (2015). Violencia física en el noviazgo. *Revista Argentina de Ciencias del Comportamiento*, 7(2), 38-46.
- Bandura, A. (1969). *Principles of behavior modification*. Nueva York: Holt, Rinehart y Winston.
- Baum, E., Fletcher, L. y Foshee, V. (mayo, 1999). Family violence and the perpetration of adolescent dating violence: examining social learning and social control processes. *Journal of Marriage and the Family*, 331-342.
- Christensen, A. y Jacobson, N. (1996). *Acceptance and change in couple therapy*. Nueva York: Norton Press.
- Corsi, J. (Comp.). (2004). *Maltrato y abuso en el ámbito doméstico*. Buenos Aires: Paidós.

- Echeburúa, E., Del Corral, P., Sarasua, B. y Zubizarreta, I. (1998). Mujeres víctimas de maltrato. En E. Echeburúa, y P. Del Corral (edits.), *Manual de violencia intrafamiliar*. España: Siglo XXI.
- Fromm, E. (1980). *El arte de amar*. Buenos Aires: Paidós.
- Gáfaró, M. e Ibañez, A. M. (2012). *Violencia doméstica y mercados laborales: ¿Previene el trabajo femenino la violencia doméstica?* Bogotá: Documento CEDE Universidad de los Andes.
- Gelles, R. (1987). *The Violent Home*. London: Sage Library.
- Gerrity, D., Jurich, J., Segrist, A. y Shook, N. (2000). Courtship violence among college students: a comparison of verbally and physically abusive couples. *Journal of Family Violence*, 15(1), 1-22.
- Gordon, L., Lin, K. y Simons, R. (mayo, 1998). Socialization in the family of origin and male dating violence: a prospective study. *Journal of Marriage and Family*, 60(2) 467-478.
- González, R. y Santana, J. D. (2001). *Violencia en parejas jóvenes: análisis y prevención*. Madrid: Pirámide.
- Hanson, R. F. (2002). Adolescent dating violence: prevalence and psychological outcomes. *Child Abuse and Neglect*, 26, 449-453.
- Johnson, R. J. (1983). *We: Understanding the psychology of romantic love*. San Francisco: Harper Collins.
- Kupper, L., Martin, S., Oslack, S., Tucker, C. y Young, M. (octubre 2001). Partner violence among adolescents in opposite-sex romantic relationship: findings from the national longitudinal study of adolescent health. *American Journal of Public Health*, 91(10) 1679-1685.
- Langhinrichsen-Rohling, J., Selwyn, C. y Rohling, M. L. (2012). Roles of bidirectional versus unidirectional intimate partner violence across samples, sexual orientation and race ethnicities: A comprehensive review. *Partner Abuse*, 3(2), 199-230.
- Makepeace, J. M. (1981). Courtship violence among college students. *Family Relations*, 30, 97-102.
- Peck, S. (1986). *La nueva psicología del amor*. Buenos Aires: Emecé.
- Ribero, R. y Sánchez F. (2004) *Determinantes, efectos y costos de la violencia intrafamiliar en Colombia*. Bogotá: CEDE-Uniandes.
- Rodríguez, P. (abril 1987). Machismo y marianismo en Latinoamérica. *Magazín Dominical de El Espectador*, 211, 4, Bogotá.
- Romkens, R. y Mastenbroek, S. (1998). Budding happiness. The relational dynamics of abuse of girls and young women by their boyfriends. En R. Klein (Ed.), *Multidisciplinary perspectives on family violence* (pp. 58-75). London: Routledge.
- Rubiano, N. (2003). *Conflicto y violencia intrafamiliar: diagnóstico de la violencia intrafamiliar en Bogotá D. C.* Bogotá: Alcaldía Mayor de Bogotá, Secretaria de Gobierno-Universidad Externado de Colombia. Disponible en

- <http://biblioteca.medicinalegal.gov.co/cgi-bin/koha/opac-detail.pl?biblionumber=1203>
- Salgado, C. (2003). *El desafío de construir una relación de pareja, una decisión diaria un cambio permanente*. Bogotá: Editorial Norma.
- Strauss, M. (febrero, 1979). Measuring intrafamily conflict and violence. The conflict tactics (CT) scales. *Journal of Marriage and the Family*, 41(1) 75-88.
- Thomas, F. (1994). *Los estragos del amor: el discurso amoroso en los medios de comunicación*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Tosone, C. (1999). *Love and Attachment*. Nueva Jersey: Jason Aronson Inc.
- Traverso, M. (2000). *Violencia en la pareja: la cara oculta de la relación*. Washintong, D. C.: Banco Interamericano de Desarrollo.
- Whitaker, D. J., Haileyesus, T., Swahn, M. y Saltzman, L. S. (2007). Differences in frequency of violence and reported injury between relationships with reciprocal and nonreciprocal intimate partner violence. *American Journal of Public Health*, 97(5), 941-947. Recuperado en: <http://doi.org/10.2105/AJPH.2005.079020>
- Yanes, J. M. y González, R. (2000). Correlatos cognitivos asociados a la experiencia de violencia interparental. *Psicothema*, 12(1), 41-48.